

RESEÑAS

Ida ALTMAN: *Transatlantic Ties in the Spanish Empire. Brihuega, Spain & Puebla, Mexico, 1560-1620*. Stanford, California: Stanford University Press, 2000, 254 pp. ISBN 0-8047-3663-4

Los lazos de parentesco y regionales, que explican tantas formas de ocupación de la América española, todavía pueden enriquecer nuestro conocimiento del mundo colonial, si se indaga con sensibilidad histórica y se identifican circunstancias decisivas que propiciaron la migración y la orientaron en determinado sentido. Una vez más, Ida Altman ha sabido encontrar la clave de estos comportamientos colectivos y explicar por ellos la formación de grupos de influencia en la sociedad novohispana, en particular la poblana de fines del siglo XVI y comienzos del XVII. El objetivo declarado en las primeras páginas del libro es buscar las conexiones, continuidades y rupturas entre emigrantes castellanos que pudieron haber trasladado sus propios patrones socioeconómicos, culturales e institucionales de su vieja ciudad a su nueva residencia. Por supuesto que toda adaptación exige cambios y acomodados, y éste fue el reto que afrontaron los vecinos de Brihuega asentados en Puebla.

El reto del historiador es, en este caso, rastrear los espacios en que pudieron manifestarse la continuidad o la renovación, las estrategias de preservación de valores tradicionales y las tácticas de acomodo a nuevas situaciones. Podemos adelantar que la investigación cubrió ampliamente estos espacios y que el libro proporciona incluso más de lo que ofrece inicialmente: no sólo las relaciones entre Brihuega y Puebla, sino también las pautas de

comportamiento de una gran parte de los castellanos que se establecieron en la Nueva España después de pasados los primeros años de euforia conquistadora, cuando no se trataba de obtener botín ni de lograr mercedes, sino de encontrar un modo de vida similar al que abandonaban, pero que prometía mejor remuneración. Para ello acudió Ida Altman a los archivos españoles y mexicanos, en una búsqueda exigente y fructífera que le permitió responder a sus preguntas. La novedad del tema y la valiosa aportación de información documental original puede suplir la ausencia de unos pocos autores mexicanos que han tratado temas cercanos y que no aparecen en la bibliografía; apenas una media docena, frente a la inmensa mayoría de estadounidenses y algunos españoles.¹ Si bien no se ha publicado nada sobre grupos de inmigrantes, muchos personajes mencionados en este libro ya han sido reconocidos y estudiados en trabajos recientes, así como los procesos de elevación de rango de las familias acaudaladas y la inclinación a la vida religiosa de algunas jóvenes hijas de obreros.²

En un trabajo anterior la autora³ había mostrado la importancia de la procedencia regional en la emigración a América y la influencia de las relaciones familiares y de paisanaje en los destinos elegidos y en la fortuna predecible de los emigrantes. Se refería allí, preferentemente, a los grupos extremeños conectados con destacados conquistadores del virreinato de Perú. La movi-

¹ Aunque se centra en un periodo algo posterior, valdría la pena haber tomado en cuenta el artículo de Juan Carlos GARAVAGLIA y Juan Carlos GROSSO: "La región Puebla-Tlaxcala y la economía novohispana (1670-1821)", en *Historia Mexicana*, XXXV:4(140) (abr.-jun.), pp. 549-600.

² Rosalva LORETO LÓPEZ: "La caridad y sus personajes: las obras pías de don Diego Sánchez Peláez y doña Isabel Herrera Peregrina. Puebla, siglo XVIII", en Pilar MARTÍNEZ LÓPEZ-CANO, Gisela VON WOBESER y Juan Guillermo MUÑOZ (coords.): *Cofradías, capellanías y obras pías en la América colonial*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1998. De la misma autora: "La fundación del convento de la Concepción: identidad y familias en la sociedad poblana (1593-1643)", en Pilar GONZALBO (coord.): *Familias novohispanas. Siglos XVI a XIX*. México: El Colegio de México, 1991, pp. 163-181. También de Rosalva LORETO LÓPEZ: *Los conventos femeninos y el mundo urbano de la Puebla de los Ángeles del siglo XVIII*. México: El Colegio de México, 2000. Aquí aparecen cuadros de grupos familiares en los conventos femeninos desde su fundación en el siglo XVI.

³ Primera edición: *Emigrants and Society. Extremadura and Spanish America in the Sixteenth Century*. Berkeley, Ca.: The University of California Press, 1989. Traducción al español: *Emigrantes y sociedad. Extremadura y América en el siglo XVI*. Madrid: Alianza Editorial, 1992.

lidad, las relaciones familiares, los contactos en ambos lados del océano, el proyecto recurrente del posible retorno, eran constantes en quienes abandonaban su tierra impulsados, en primer lugar, por la necesidad de mejorar su situación económica. Además, en casi todos los casos, el viaje era una decisión familiar y todos los parientes se comprometían de algún modo en la aventura; sólo en los primeros tiempos se podría hablar de iniciativas exclusivamente individuales y de experiencias totalmente impredecibles. Aunque nunca faltaron maridos olvidadizos y padres desobligados, los emigrantes extremeños identificados por la autora mantuvieron firmes lazos de afecto y responsabilidad con la familia que había quedado en el Viejo Mundo.

En *Transatlantic Ties...*, pese a las notorias diferencias de origen y condición, e incluso temporales, la autora reencuentra a viajeros emprendedores, que conservaron el apego a su tierra y que manifestaron una formidable capacidad de adaptación a las nuevas circunstancias. A diferencia de los hidalgos extremeños y de los destacados capitanes de la conquista, a quienes se había acercado anteriormente, los briocenses (vecinos o naturales de Brihuega) que se trasladaron a Puebla no eran altos funcionarios ni encomenderos, sino gente común, modestos artesanos especializados en manufacturas textiles, que reprodujeron una actividad ya en decadencia en su lugar de origen, que mantuvieron la tendencia a realizar enlaces dentro de su propio grupo y que consolidaron su posición como vecinos respetables, cristianos devotos y acomodados propietarios. En el siglo XVI, la pequeña ciudad de Brihuega, en Castilla la Nueva, contaba tan sólo con unos 4 000 habitantes aproximadamente. No obstante, pese a sus modestas dimensiones, la emigración a la Nueva España, continuada en dos o tres generaciones (entre 1560 y 1620), contribuyó sustancialmente al desarrollo de la industria textil de la ciudad de Puebla de los Ángeles y mantuvo una presencia destacada por medio de matrimonios, lazos de compadrazgo y participación en actividades comerciales.

Ya que realizó una investigación paralela en España y México, Ida Altman dispone de abundante información acerca de la vida a uno y otro lado del océano, pero no la presenta como mundos separados, de modo que pudiera tomarse la una como mero antecedente de la otra, sino que opta por la división temática, de modo que vuelve una y otra vez de Puebla a Brihuega y viceversa a través de la economía, la vida pública y privada, el ámbito religioso y el privado y familiar. Este recurso, que favorece el análisis

de la información, se justifica también porque cronológicamente no hubo un corte brusco, sino un flujo sostenido de viajeros que permitió incluso a los miembros de una misma familia, tener representantes en los cabildos de ambas ciudades, mantener talleres abiertos en una y otra, y conservar relaciones amistosas y de trabajo entre emigrantes y residentes en la ciudad castellana.

Aun antes de su partida hacia el Nuevo Mundo, los briocenses y sus vecinos cercanos, de la región de La Alcarria, mantuvieron una considerable cohesión, al formar redes económicas, sociales y de parentesco, que se vieron reforzadas por la cercanía geográfica de sus destinos en América. No es raro que en la documentación de los vecinos de Brihuega se mencionen sus conexiones con La Alcarria. Aproximadamente mil personas salieron de Brihuega hacia América en más o menos medio siglo y sólo un puñado de ellos fueron a Perú. Todos los demás se establecieron en la Nueva España, y casi todos precisamente en Puebla o sus cercanías (Atlixco, Tlaxcala, y alguno en la ciudad de México).

Unos doscientos briocenses eran en su tierra pequeños o medianos productores de paños y entre ellos se incluían algunas mujeres dueñas y trabajadoras de telares, si bien era común que combinaran el trabajo artesanal con la agricultura o el comercio. Mientras en Castilla decaía la demanda de paños de lana, en Puebla se iniciaba un periodo de auge del que supieron aprovecharse. El paralelismo en la exposición del funcionamiento de los talleres castellanos y novohispanos permite apreciar el éxito económico de los inmigrantes y el cambio sustancial en su concepción del proceso productivo, que se transformó de actividad familiar en empresa de mayor rendimiento y con considerable número de trabajadores contratados ajornal. Antes de finalizar el siglo XVI algunos de los obrajes contaban con cerca de cien trabajadores, entre los libres y "encerrados".

Aclara Ida Alunan que la imagen del obraje como antro de castigo del que nadie podía escapar no es aplicable a los obrajes de los briocenses poblanos, quienes ciertamente contaban con algunos trabajadores forzados, en particular presos por robos, cuyas deudas habían pagado los patronos, pero no eran la mayoría y, al contrario, casi todos eran trabajadores libres que se contrataban temporalmente, se ausentaban cuando les convenía y regresaban cuando lo necesitaban. Para el trabajo en el taller, como para el servicio doméstico, contaban los propietarios con algunos esclavos negros o mulatos. La prosperidad de la empresa tenía como secuela que el dueño prefiriera mantenerse alejado del trato

diario del taller e hiciera venir a algún pariente, para emplearlo como administrador o mayordomo, y claro que estos empleados de confianza no tardaban mucho en independizarse, establecer su propio negocio y reclamar a otro paisano, amigo o familiar.

Por necesidades de producción y por afán de prestigio, pronto recurrieron los briocenses a diversificar sus actividades e invertir en haciendas de ganado lanar, que les proporcionaban la materia prima para sus paños, a la vez que desviaban la atención de sus vecinos de la mal considerada ocupación de obrajeros a la mucho más respetable de hacendados. Igualmente los benefició su incursión en el comercio, necesaria para asegurar la ventajosa distribución de su mercancía y que los ponía en contacto con uno de los grupos más dinámicos y bien considerados de la sociedad colonial. Paso a paso, y como subraya en relación con la vida pública y la participación política, los briocenses se hacían perdonar el humilde origen de su fortuna, procedente de una ocupación poco honrosa, y lograban la aceptación de la aristocrática sociedad poblana. La integración a su nueva tierra fue completa cuando lograron desempeñar cargos en el cabildo municipal, si bien pocos alcanzaron la categoría de regidor. La experiencia en el desempeño de cargos del Ayuntamiento de Brihuega pudo servirles en algunos casos. De todos modos, la participación en la vida pública no se limitó al gobierno de la ciudad, sino que se manifestó en contribuciones a fiestas religiosas, conventos, cofradías y obras pías. Por supuesto que las numerosas fiestas proporcionaban no pocas oportunidades de ganar el respeto de los conciudadanos mediante la generosidad de los donativos.

Tanto en Brihuega como en Puebla era común que las familias contasen con alguno de sus miembros en el clero secular o regular. Ésta era una forma habitual de acreditar fidelidad a la Iglesia, que amparaba a los parientes cercanos como partícipes de tal dedicación. Acomodados briocenses que murieron sin herederos dejaron sus bienes a fundaciones piadosas, entre las que destacaron sendos colegios para doncellas en Puebla y Brihuega. Y nada mejor para acreditar la pureza de sus creencias, ya que podían alardear de ser cristianos viejos, que colaborar con el Santo Oficio de la Inquisición como denunciantes de blasfemias y supersticiones de sus propios trabajadores. Desde luego que no faltó quien apareció igualmente como acusado, precisamente por su participación como testigo en un proceso, del cual no había guardado el necesario secreto impuesto por el Tribunal.

A diferencia de lo que sucedió a otros emigrantes, desarraigados de su entorno familiar, que procedieron a establecer comunidades domésticas algo diferentes de aquellas reconocidas en su lugar de origen, las familias de Brihuega se reunieron pronto con quienes habían viajado en primer lugar, de modo que no llegó a haber una ruptura, sino sólo un paréntesis de reacomodo. La vecindad de tantos conocidos sería, en todo caso, un freno para quienes pretendiesen romper los lazos con el pasado e iniciar una nueva vida menos conservadora o acaso aventurera. No es sorprendente que la mayoría de los briocenses se casase con mujeres igualmente originarias de Brihuega, pero los jóvenes inmigrantes no venían destinados al matrimonio ni programaban su estancia en las Indias al amparo de un suegro acaudalado. El patrón común era que llegasen a trabajar en empresas familiares en las que se mantenían por diez años o más, hasta independizarse económicamente y prosperar en su propio taller, cuando contraían nupcias con alguna doncella cercana a su grupo. Las relaciones sociales con los parientes políticos y con otros paisanos se afianzaban cuando incluso instalaban su residencia en calles próximas.

La vida urbana proporcionaba oportunidades para encuentros frecuentes, visitas de cortesía y amistades duraderas, a la vez que rencores y antagonismos. Ciertamente fue frecuente que la elección de fiadores, apoderados, socios o representantes recayera sobre parientes o paisanos, y los briocenses no fueron excepción, si bien su círculo se fue ampliando a medida que eran aceptados por la "buena sociedad".

El libro cumple el objetivo de mostrar la integración y continuidad de hábitos y la incorporación a los mismos oficios y a instituciones como el cabildo o las cofradías, a la vez que subraya las diferencias formales en cuanto a las advocaciones preferidas en uno u otro lado y a los mecanismos para obtener cargos de gobierno. Mientras en Castilla era suficiente con ser vecinos de limpia prosapia para pretender algún cargo municipal, en Puebla se requería el favor de algún personaje influyente y el desembolso de una importante cantidad de dinero, por lo menos 4000 pesos.

Los argumentos desplegados a lo largo del texto muestran que la migración de Brihuega a Puebla fue un caso excepcional dentro de las formas usuales en la época, pero tan sólo por la magnitud del movimiento demográfico. Otros muchos grupos viajaron en similares condiciones: dispuestos a ejercer su oficio, acompañados de parientes, amigos y vecinos, apegados a devociones y

costumbres de su tierra y propicios a establecer relaciones con quienes procedieran de regiones próximas a la suya. Los cauces de la adaptación se reflejaron en la permanencia del mismo oficio, las estrategias matrimoniales, la diversificación de propiedades y ocupaciones, los lazos familiares, la piedad comunitaria y aun las formas de residencia. El traslado a América de un cuarto de la población de Brihuega y su concentración precisamente en una sola ciudad, junto al éxito inicial de los primeros emigrantes, facilitó seguramente el arraigo de la comunidad castellana, que compartía con otros muchos compañeros de aventura, aunque procedentes de diferentes regiones, el origen humilde, el pragmatismo en sus metas, la capacidad de adaptación, la perseverancia en sus devociones y la asimilación a la tierra de adopción.

Pilar GONZALBO AIZPURU
El Colegio de México

Magdalena CHOCANO MENA: *La fortaleza docta. Élite letrada y dominación social en México colonial (siglos XVI-XVII)*. Barcelona: Ediciones Bellaterra, 2000, 415 pp. ISBN 847-290-153X

La historia colonial, sobre todo en sus aspectos políticos e intelectuales, ha estado tradicionalmente dominada por una serie de ideas, cuyos orígenes muchas veces se remontan a la historiografía surgida a raíz de los procesos de independencia, y que han demostrado una sorprendente persistencia, sobre todo si se tiene en cuenta que otros aspectos de la vida colonial —la economía, las relaciones sociales y étnicas— han sido sometidos a profundas revisiones en las últimas décadas. Una de esas ideas, que ha gozado de una larga vida y de un gran éxito de público y crítica, es la creencia de que la creación intelectual y cultural durante la colonia se halló sofocada por el autoritarismo del régimen colonial y por la represión inquisitorial, todo lo cual habría contribuido, salvo honrosas excepciones, a la falta de creatividad de los intelectuales novohispanos.

El estudio de Magdalena Chocano Mena se puede ver como un intento de revisar estas ideas preconcebidas, aunque en sus páginas podemos encontrar mucho más, puesto que nos hallamos ante un exhaustivo estudio de la producción intelectual novohispana de los siglos XVI y XVII. Escrito con gran elegancia y